

Entrevista a Gonzalo Millán

Recordar es despertar

Pedro Pablo Guerrero

Todo pintor se pinta a sí mismo, dice uno de los epígrafes que Gonzalo Millán (Santiago, 1947) pone al comienzo de su nueva obra. Es una máxima del Renacimiento que Millán hace suya en el que tal vez sea su libro más personal hasta la fecha, aunque mantenga, por cierto, la distancia objetiva que caracteriza su poesía. Distancia que se enfatiza desde el mismo título, *Autorretrato de memoria*, es decir, aquel que se hace sin espejo, que es la forma más común - y fácil - de pintar un autorretrato. En el de memoria, en cambio, el artista conoce tan bien su cara, que puede dibujarse sin cotejarla con su reflejo. Con el espejo busca la mejor pose, mientras que en el de memoria el narcisismo y la semejanza no son lo importante, afirma el poeta.

Autorretrato de memoria, explica, es la tercera parte de una trilogía llamada «Croquis», que Ediciones Universidad Diego Portales publicará completa el próximo año, y cuya primera parte, *Claroscuro*, dedicada al barroco y Caravaggio, se editó hace tres años en RIL, mientras que la segunda - inédita - se titula *Gabinete de papel*, y juega con la idea del coleccionismo de imágenes. Los tres libros, en todo caso, son completamente autónomos, aunque dialogan entre sí y establecen comunicaciones subterráneas. El volumen que presenta ahora es una colección de autorretratos apócrifos.

- ¿Entonces no equivalen a la autobiografía literaria?

- En ambos el artista se describe a sí mismo, pero hay una diferencia. El autorretrato pictórico existe solamente en el espacio, y el autobiográfico es una historia, una narración en el tiempo.

Esa mezcla es interesante, porque cuando estás describiendo un supuesto cuadro lo estás traspasando de una dimensión a otra. Hay una traducción. Lo otro que me interesó mucho es que tanto el autorretrato como la autobiografía parten del vacío: de una hoja en blanco y de un lienzo en blanco. Es decir, de esa ausencia inicial que permiten el recuerdo y la imaginación.

- ¿Cuánto te ayudó a escribir el libro tu experiencia como profesor de talleres de autobiografía?

- Yo creo que mucho, pero en forma indirecta, porque en los talleres yo también escribo los mismos ejercicios de los alumnos, y después los leo con ellos y los comentamos. Pero todos esos ejercicios son en prosa, a lo más prosa poética, y en poesía hay un nivel de condensación y densidad mucho mayor. No hay relato, sólo un pequeño momento narrativo que después se acaba. A pesar de que a mí siempre me ha interesado mucho la narrativa. Empecé escribiendo una novela y después vi que la poesía permite la narración, aunque sea fragmentaria.

- Es significativo que al primer poema del libro lo llames «Con anteojos ahumados».

- Ahí me gustó mucho un aforismo de José Bergamín, que hacía una diferencia entre la careta y el antifaz, y eso me sirvió para escribir ese poema, porque la careta es la falsedad, uno se pone máscaras y dice voy a asumir otra identidad para ocultarme, para parecer otro. Sin embargo, el antifaz es otra cosa: se ve mi cara a medias. Hay algo velado, un secreto que no se revela, pero no es falsedad, sino protección. Los lentes ahumados son los antifaces modernos. Es una poética inaugural: aquí no me voy a poner la careta, pero voy a usar anteojos. Si los ojos son las venta-

nas del alma, esas ventanas entonces están encortinadas.

**- Otra cosa que llama la atención: identifi-
cas recordar con despertar.**

- Hay un personaje que aparece en el libro, mi mamá, que venía del campo y usaba esa expresión. Después supe que era un arcaísmo muy común usar la palabra recordar por despertar: ¿y la señora ya recordó esta mañana?. No sé si proviene de la Edad Media o del siglo XVI, pero es muy hermoso, tiene una gran fuerza. Me sirve para pensar que recordar esforzándose por la nitidez, por la precisión, es como lograr un pequeño despertar, una autoconciencia mayor. Es también lo que yo creo: somos autómatas, vivimos como sonámbulos y los momentos en que uno despierta son muy pocos.

- ¿Por qué la figura de la madre que aparece siempre está deprimida o al borde del suicidio?

- Yo no quiero referirme específicamente a mi madre, sino a ciertos aspectos del arquetipo femenino. Gran parte de mi vida quedé fijado en una figura de mujer melancólica. Es la imagen del famoso grabado de Dürer, «La Melancolía», que tiene muchas implicancias y variantes a través de la historia. En la teoría de los cuatro humores, la Bilis Negra era el que producía la tristeza, pero también se asociaba con el sabio y el artista. Todos los artistas se supone que son hijos de Saturno, viven bajo el Sol Negro, como dice la Kristeva en un libro muy lindo sobre la depresión, y ellos sufren la pesadez del plomo, el saturnismo, que es el peso, la gravedad de vivir. Pero, por otro lado, esa misma gravedad estaría muy ligada a la vocación artística y filosófica.

(Fuente: El Mercurio).